



La televisión nos hizo el gran favor de transmitir algunos de los actos en que intervino Juan Pablo II en México. A través de ella pudimos apreciar no sólo el enorme interés que despertaba su presencia sino, sobre todo, la enorme fuerza religiosa y humana que representa la fe cristiana entre el pueblo mexicano. Millones de hombres queriendo ver de cerca al papa sin contentarse con contemplarlo tranquilamente desde un televisión, que probablemente no tienen. Millones de hombres, mujeres y niños cantando su fe con un entusiasmo sobrecolector. ¿Cómo no comparar esta recepción masiva y entusiasta con la que se dió en México días atrás a nuestro presidente Romero? Y, sin embargo, el Papa no es un gobernante, no representa intereses económicos ni políticos. Representa y potencia el poder de la fe, el poder de la pasión religiosa.

México ha procurado, casi desde los albores de la independencia, anular las virtualidades humanas y políticas del catolicismo. Sus dirigentes políticos, partiendo de falsos análisis, pensaron que el elemento religioso iba a ser siempre un elemento retardatario. No midieron ni cómo ha contribuido el cristianismo a mantener la dignidad y la esperanza de un pueblo, al que se le cerraban todos los caminos de la dignidad y de la esperanza. Ni midieron tampoco lo que puede llegar a ser un día, como fuerza social transformadora, una fe libertadora. Años de persecución, años de laicismo, años de esconder a la Iglesia bajo el silencio oficial. Y, sin embargo, ahí está intacto el tremendo potencial religioso de un pueblo, agigantado ante la presencia del Papa.

La visión de esa masa enfervorizada, pero no fanatizada, hacía pensar en la tremenda fuerza que seguimos teniendo en América Latina los católicos. Hacía pensar en el tremendo error que cometen dirigentes y oligarcas al querer aplastar a la Iglesia, sobre todo a aquella Iglesia que quiere situarse más cerca del pueblo, más cerca de sus intereses y de sus luchas. Hacía pensar en la fuerza sobrecolectora que puede desatar la Iglesia en favor de los más desfavorecidos, una fuerza que muchas veces no es debidamente aprovechada y que no es tampoco debidamente apreciada por quienes todo lo fían al movimiento político y organizativo.

Los perseguidores de la Iglesia deben tomar nota de cuáles son los poderes de la Iglesia. Mañana harán una procesión de desagravio



por el centro de San Salvador sacerdotes, religiosas y religiosos de toda la república, pero especialmente de la arquidiócesis. No pretende ser una manifestación popular, no se ha convocado al pueblo salvadoreño. Pero los perseguidores de la Iglesia deben meditar ante esta silenciosa procesión de parte de la Iglesia salvadoreña. No van a gritar, no van a hacer política. Van a mostrar que perseguir a la Iglesia, cuando la Iglesia sigue al pueblo, es un sacrilegio; van a mostrar que la Iglesia no van a ceder en su misión. Ojalá no se dejen engañar por el silencio de la procesión. Sería bueno que los perseguidores de la Iglesia escuchen como música de fondo el clamor de los millones de mexicanos, que aprendieron a creer en la Iglesia, porque la Iglesia, con todos sus defectos y equivocaciones, les enseñó a esperar.

Eran otros tiempos y eran otras formas. Pero cuando la Iglesia, en los albores de su evangelización latinoamericana, puso como símbolo de su acción, una Virgen de Guadalupe, y en la que el pueblo podía ~~ver~~ soñar las más altas utopías y con la que podía identificarse y puso como destinatario privilegiado en un indio mexicano, al que su fe le hizo grande, cuando hizo todo esto, estaba anunciado que esta Iglesia iba a ser una Iglesia de los pobres. Y que sólo siendo una Iglesia de los pobres iba a ser una Iglesia grande.

Cuidado, perseguidores de la Iglesia. No se confundan. No escupan contra el cielo. La Iglesia cuenta con millones de hombres en este continente, que no están dispuestos a que se triture a la Iglesia, que es su madre y maestra, que es su salvación.